

ILUSTRACIÓN Y NIHILISMO EN LOS ARTÍCULOS DE LARRA

INTRODUCCIÓN

En la primera parte de este artículo se muestra cómo el concepto de ser humano que Larra utiliza en sus escritos es de clara raigambre ilustrada. En la segunda, se analiza cómo el autor de los *Artículos*, tras tomar conciencia de los límites de dicho ideal, reaccionó con un extremismo nihilista que le llevó a ver como detestables aquellas capacidades humanas que los ilustrados habían valorado positivamente: el lenguaje, la racionalidad y la sociabilidad. En la tercera parte, se estudia, a la luz de los escritos de Friedrich Nietzsche, los dos tipos de nihilismo que se enfrentaron en el espíritu y en la obra de Larra.

I.-

Junto con las biográficas -afrancesamiento del padre, primeras letras en París, autoexilio francés tras su fracaso político-, son muchas las evidencias textuales que confirman la filiación ilustrada de Mariano José de Larra.

En "El día de difuntos de 1836", por ejemplo, una de las *esperanzas* cuya *muerte* lamenta el autor es la de la libertad de pensamiento, uno de los tres pilares ilustrados: "¿Qué es esto? ¡La cárcel! Aquí reposa la libertad del pensamiento. ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para las instituciones libres!"

En ese mismo artículo Larra mostrará una nostálgica veneración por la imprenta como difusora de la verdad -"La Imprenta Nacional. Al revés que la Puerta del Sol, éste es el sepulcro de la verdad."²- y un anticlericalismo de clara rai-

gambre ilustrada -"Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez"³-.

Por otra parte, en su primer artículo sobre el estreno español del *Antony*, de Dumas, Larra dice temer que un romanticismo mal entendido pueda truncar el desarrollo de "una clase media que se ilustra lentamente"⁴ y en "Carta a Andrés", al poner en boca de un personaje ridículo ciertas críticas contra la ilustración -"¡Mal haya, amén, quien inventó el describir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración"⁵-, lo que hace es ensalzarla indirectamente.

Asimismo, en el segundo artículo sobre el estreno de *Antony*, Larra se mostrará partidario de la idea humanista e ilustrada que afirma que el hombre es hijo de sus obras, al ver como un rasgo positivo de la sociedad moderna que ésta "no le pregunta a nadie quién es su padre, sino cuáles son sus obras."⁶

Claro está que Larra no sólo siente una cierta simpatía por los ideales ilustrados, sino que, además, se considera uno de sus representantes. Tanto es así que en "El castellano viejo" llegará a presentarse como "filósofo" al afirmar que "para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo."⁷ Algo parecido dirá en "La nochebuena de 1836" donde, comparando a los filósofos con don Qui-

¹ Mariano José de Larra, "El día de difuntos de 1836", en *Artículos*, Cátedra, Madrid, 1996, pág. 397

² *Ibid.*, pág. 398.

³ *Ibid.*, pág. 396.

⁴ Mariano José de Larra, "Antony", en *ibid.*, pág. 376.

⁵ Mariano José de Larra, "Carta a Andrés", en *ibid.*, pág. 139.

⁶ Mariano José de Larra, "Antony", pág. 387.

⁷ Mariano José de Larra, "El castellano viejo", en op. cit., pág. 177.

jote, afirmará que “los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer”⁸.

Claro está que Larra no podía llamarse filósofo más que en el sentido de *philosophe*, nombre común para referirse a los ilustrados ya fuesen filósofos, periodistas, políticos o literatos.

Sin embargo, lo que más nos interesa mostrar es que la idea de ser humano de la que parte Larra es de corte ilustrado. Nos bastará comprobar cómo éste niega o concede la condición de ser humano remitiéndose a la ausencia o presencia de lo que los ilustrados consideraban la más esencial de las capacidades humanas: la razón.

Tal es el caso de “El Café”, donde se nos dice que las humaradas del cigarro que fuma uno de los personajes “más parecían salir de un horno de tejas que de boca de hombre racional”⁹ o de “El castellano viejo”, donde Larra tacha a Braulio de “animal (irracional).”¹⁰

Los ilustrados son conscientes de que la racionalidad exige unas ciertas capacidades expresivas que, a su vez, no pueden ser aprendidas ni practicadas más que en sociedad. De este modo, la razón, el lenguaje y la sociabilidad no son capacidades humanas exentas, sino partes de un continuo al que se refieren las diferentes definiciones ilustradas de ser humano, concebido siempre como animal racional, verbal, social y político.

No es de extrañar, pues, que Larra no sólo animalice al hombre que no cumple con las exigencias racionales de dicha definición, sino también a aquellos que no cumplen la parte lingüística, como sucede en “El café”, donde Larra dice sospechar que cierto personaje es “un furioso digno de atar por no saber explicarse sino a porrazos”¹¹; que no cumplen la parte social, como sucede en “El castellano viejo”, donde afirma que hay hombres “que darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede

hacer con los brazos en una sociedad”¹²; o que no cumplen la parte política, como sucede, de nuevo, en “El café”, donde explica el autor que “riendo estaba yo de ver cómo arreglaba la suerte del mundo una copa más o menos de ron.”¹³

II.-

Parece que la idea ilustrada de hombre, que en un primer momento se presenta como definición o, incluso, descripción, no podía durar mucho en manos de un cronista como Larra. Para éste escribir es constatar que los seres humanos no son tan esencialmente racionales como su definición inicial pretende afirmar –“Vístome y vuelo a olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan”¹⁴; ni tan sociales – “botarates que no acertarían a alternar en sociedad si los desnudasen de dos o tres cajas de joyas que llevan, como si fueran tiendas de alhajas, en todo el frontispicio de su persona”¹⁵; ni tan iguales –“reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera”¹⁶.

Resulta, pues, inevitable que la idea de hombre se convierta en ideal, es decir, que abandone sus pretensiones descriptivas y pase a ser, solamente, prescriptiva. Me atrevería a decir que dicha transformación conceptual fue efectuada con relativa facilidad por la mayoría de los ilustrados¹⁷. Larra, sin embargo, no acepta rebajas y es esta incapacidad para negociar y pactar con la realidad donde se nos revela como un romántico.

En efecto, Larra podría haberse convertido en un ilustrado realista –o pesimista, al decir de Savater-, consciente de que el ideal, más que un

⁸ Mariano José de Larra, “La nochebuena de 1836”, en *íbid.*, pág. 402.

⁹ Mariano José de Larra, “El café”, *íbid.*, pág. 123.

¹⁰ Mariano José de Larra, “El castellano viejo”, *íbid.*, pág. 178.

¹¹ Mariano José de Larra, “El café”, *íbid.*, pág. 115.

¹² Mariano José de Larra, “El castellano viejo”, *íbid.*, pág. 180.

¹³ Mariano José de Larra, “El café”, *íbid.*, pág. 114.

¹⁴ Mariano José de Larra, “El castellano viejo”, *íbid.*, pág. 189.

¹⁵ Mariano José de Larra, “El café”, *íbid.*, pág. 112.

¹⁶ Mariano José de Larra, “El castellano viejo”, *íbid.*, pág. 189.

¹⁷ Ver al respecto el interesante artículo “El pesimismo ilustrado”, de Fernando Savater, en *Razón, tradición y modernidad: re-visión de la ilustración hispánica*, Madrid, Tecnos, 1996.

lugar al que llegar, es un punto cardinal al que tender, pero lo cierto es que no fue capaz de elaborar una respuesta *afirmativa* y cayó en un progresivo desencanto que lo llevará a afirmar en "La Nochebuena de 1836": "en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión."¹⁸

Sin embargo, del mismo modo que en el desencanto, el encanto sigue presente, aunque sea sólo como *trauma*, esto es, como huella, también en el Larra romántico perdura el Larra ilustrado, cuyas ideas son necesarias para que el primero critique y aborrezca la realidad.

Este cadáver sin enterrar hará que, del mismo modo que el cotejo con la realidad desgastó la idea convirtiéndola en ideal, el cotejo con el ideal desgaste lo real hasta convertirlo en pura negatividad: "Lo malo es lo cierto. Sólo los bienes son ilusión."¹⁹

Esta correspondencia maniquea de lo ideal con el bien y lo real con el mal hará que Larra pase a ver las especificidades humanas no ya como el fundamento de la dignidad humana, sino como la causa misma de su infelicidad. Tal es el caso de "El mundo todo es máscaras", donde el autor llega a afirmar la inferioridad del ser humano respecto a los animales: "Quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Baumare, me dijese qué animal, por animal que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista; he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista."²⁰

Este tipo de afirmaciones no son una excepción en la obra de Larra. Tomaré como ejemplos paradigmáticos los artículos "Las palabras", "La sociedad" y "Cuasi, pesadilla política". En ellos el autor destruye sistemáticamente toda connotación positiva de las capacidades lingüísticas, sociales y políticas del ser humano.

Lo cierto es que si, como indicamos más arriba, dichas capacidades no son exentas, sino que forman parte de un continuo que dibuja el perfil del ser humano como animal verbal, racional y social, negar la existencia o bondad de una de ellas implica negar también la de las demás. Da igual, pues, por dónde empecemos puesto que el círculo crítico siempre acabará cerrándose.

En "Las palabras", Larra niega nuevamente que la capacidad lingüística haga al hombre superior a los animales. Más aún, para el autor el lenguaje no sólo no le ha aportado nada positivo al hombre –"Palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada"²¹– sino que, más bien, lo ha hecho infeliz –"El hombre es un infeliz"²²–.

Dicho convencimiento le llevará, a su vez, a negar las virtudes de la razón ("Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón"²³); así como las de la filosofía ("necesitarán sabios, por consiguiente, que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar..."²⁴); y las de la sociabilidad humana ("¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!"²⁵).

Pero es en el artículo "La sociedad" donde Larra cargará más las tintas contra la sociabilidad del ser humano: "La sociedad es, pues, un cambio mutuo de perjuicios recíprocos. Y el gran lazo que la sostiene es, por una incomprensible contradicción, aquello mismo que parecía destinado a disolverla; es decir, el egoísmo."²⁶

Lo cierto es que aunque el tema central de este artículo sea el de la sociedad de las fiestas, reuniones y camarillas, Larra amplía enormemente el alcance de su crítica al realizar observaciones como la siguiente: "Lo más que concederemos a los abogados de la vida salvaje es que la sociedad es de todas las necesidades de la vida la peor: eso sí."²⁷

¹⁸ Mariano José de Larra, "La nochebuena de 1836", op. cit., pág. 401.

¹⁹ Mariano José de Larra, "La sociedad", *íbid.*, pág. 278.

²⁰ Mariano José de Larra, "El mundo todo es máscaras", *íbid.*, pág. 204.

²¹ Mariano José de Larra, "Las palabras", *íbid.*, pág. 206.

²² *Íbid.*, pág. 204.

²³ *Íbid.*, pág. 204.

²⁴ *Íbid.*, pág. 204.

²⁵ *Íbid.*, pág. 206.

²⁶ Mariano José de Larra, "La sociedad", *íbid.*, pág. 278.

²⁷ *Íbid.*, pág. 278.

Vemos, por otra parte, que el ataque que Larra lanza contra la sociedad no es exclusivamente romántico. "La sociedad" no cae en el *buensalvajismo* de Rousseau, Chateaubriand o Saint Pierre, sino que lo critica con una ponderación más propia de un ilustrado que de un romántico: "Hanse apoyado para fundar semejante opinión en que la sociedad le roba parte de su libertad, si no toda; pero tanto valdría decir que el frío no es cosa natural, porque incómoda."²⁸

Al estilo de Rousseau, para Larra el ser humano es bueno cuando todavía no es humano, es decir, cuando no ha pasado a formar parte de la sociedad: "en un principio todos somos generosos aún, francos, amantes, amigos... en una palabra, no somos hombres todavía"²⁹. Sin embargo, para Larra, este pre-hombre es imposible por la sencilla razón de que no puede existir sin una sociedad que lo destruya al primer contacto. Por esta razón, para la Larra la sociedad sólo es "una reunión de víctimas y de verdugos."³⁰

En "Cuasi, pesadilla política", el áspero criticismo de Larra se centra en la virtud política. También aquí la política no se presenta como una realidad exenta, sino como parte de un continuo indiferenciable en el que se suman el lenguaje, la razón y la sociabilidad. Tengamos en cuenta que el hecho de que la política también sea una actividad lingüística hace que todas las críticas que Larra lanza contra el lenguaje en este y otros artículos, sean perfectamente aplicables a la actividad política: "Donde veas un hombre, acostúmbrate a no ver más que una palabra. No hay otra cosa."

Larra no dejará de advertir, como Rousseau lo hizo en *El contrato social*, y Hobbes en *El Leviathan*, que estas perversas especificidades de la condición humana son tan reales como necesarias: "Es cosa generalmente reconocida que el hombre es animal social, y yo, que no concibo que las cosas puedan ser sino del modo que son,

yo, que no creo que pueda suceder sino lo que sucede, no trato por consiguiente de negarlo."³¹

De este modo, ya que la libertad es condición de posibilidad de la acción moral y el hombre no es libre de dejar de ser como es, el hombre no es malo sino, solamente, desgraciado: "No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! Nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz."³²

Vemos, pues, que Larra se debate entre la Es-cila de un optimismo irreal y la Caribdis de un pesimismo nihilista. La crítica ha intentado llamar ilustrados a los que dieron con la primera roca y románticos a los que lo hicieron contra la segunda. Sin embargo, no se puede ser pesimista si no es con referencia a un ideal, ni optimista si no es con respecto a una realidad. No tenemos más opción que conceder que el ilustrado es romántico en medida inversamente proporcional a aquélla en la que el romántico es ilustrado.

Por esta razón, creemos que "esa coexistencia y casi maridaje de clasicismo y romanticismo"³³ es más una lucha agónica que una mera convivencia. Resulta, pues, tan absurdo afirmar que Larra fue ilustrado o anti-ilustrado como decir que Unamuno fue cristiano o anti-cristiano y Electra ateniense o anti-ateniense. Todos vivieron la *agonía* de sus ideales. Por esta razón creemos que hablar de ilustrados y románticos es hacer *comedia* de una *tragedia*.

III.-

Ya que en los artículos de Fígaro muere la *fe ilustrada* de Larra, creo que puede ser fértil para un mejor análisis del proceso recurrir a la teorización realizada por Nietzsche acerca de las tres maneras que tiene el hombre de reaccionar frente a *la muerte de dios*. Recordemos, primero, que en boca de Nietzsche *dios* es tanto el dios-cristiano como el dios-razón, el dios-idea-ilus-

²⁸ *Ibid.*, pág. 278.

²⁹ *Ibid.*, pág. 280.

³⁰ *Ibid.*, pág. 286.

³¹ *Ibid.*, pág. 278.

³² Mariano José de Larra, "Las palabras", *ibid.*, pág. 204.

³³ Juan Luis Alborg, *Historia de la literatura española*, vol. IV, Gredos, Madrid, 1990, pág. 51.

trada-de-hombre o cualquier otro dios en el que una época o grupo de hombres haya cifrado su fe³⁴.

La primera de estas reacciones es la que llama Nietzsche nihilismo implícito y consiste en continuar negando la "muerte de dios", cerrar los ojos a la realidad de los tiempos, negar ser nihilista e incluso afirmar que se reacciona contra el mismo, reivindicando viejos valores sin comprender que con ello no se provoca sino la profundización del proceso y el bloqueo de cualquier alternativa o salida; la segunda es la del nihilismo explícito pasivo y consiste en reconocer la "muerte de dios" y la situación nihilista actual con todo lo que implican, pero renunciando también a cualquier alternativa o salida y cayendo en la angustia, el desencanto y la destrucción; la tercera y última reacción sería la del nihilismo activo y consiste en proyectarse creativamente sobre el vacío de la "muerte de Dios" a base de construir nuevos valores, nuevas fábulas y nuevas interpretaciones³⁵.

Diremos, pues, que dos Larras se pelearon por la pluma de *Fígaro*: el nihilista pasivo y el activo. Sólo veo un cambio procesual en el paso del nihilista implícito, es decir, no consciente de sí, al explícito; puesto que, una vez explicitado, el nihilismo de Larra se debate entre la reacción derrotista del "dios ha muerto, todo vale" de *Crimen y Castigo*, de Dostoievsky, y la afirmativa del "vencedor de Dios y de la nada" del *Zaratustra* de Nietzsche.

Lo que más nos interesa es ver cómo al intentar *Fígaro* sobreponerse a dicho desencanto, adoptará posturas de corte nietzscheano. Sin embargo, no se trata tanto de ver en Larra a una especie de Nietzsche *avant la lettre* como de ver en Nietzsche a un sistematizador de reacciones y actitudes que llevaban sucediéndose desde el origen mismo de la modernidad.

Los artículos en los que, de forma más evidente, Larra intenta reaccionar de una manera

afirmativa, creativa, por utilizar la terminología nietzscheana, son "Las circunstancias" y "Antony".

En "Las circunstancias", Larra critica a los que quieren deshacerse de su propia responsabilidad escudándose en unas circunstancias que "suelen ser la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones"³⁶, tras lo que afirmará que "casi siempre el talento es todo"³⁷.

En "Antony", vemos un ejemplo perfecto de desdoblamiento autocrítico en el que el crítico es el Larra ilustrado que intenta superar el desencanto y el criticado no es tanto el drama de Dumas como el mismo Larra en su faceta más desesperada.

Ciertamente, Larra no está criticando sólo el romanticismo superficial de "Antony" sino, sobre todo, el romántico que lleva dentro y que no es más que un ilustrado desencantado que ha renunciado a hacer algo porque no podía hacerlo todo.

Contra este último Larra es contra el que aparece ese otro Larra radical, brillante y más ilustrado que nunca. Es como si Larra hubiese visto en *Antony* la caricatura de aquello en lo que su *debilidad vital*, como llama Nietzsche al nihilismo pasivo, lo estaba convirtiendo.

Insisto en que ese "tan formidable enemigo"³⁸ del que habla, no es sólo una *moderna escuela* literaria, por muy *inmoral* que la considere Larra, sino, más bien, la proyección de su desesperanza. Cabe señalar que, por aquel entonces, Larra acababa de regresar de Francia, de modo que no es inverosímil que gran parte de la crítica que realiza a cierta clase privilegiada – "criada o deslumbrada en el extranjero, víctima o hija de las emigraciones, que se cree ella sola en España, y que se asombra a cada paso de verse sola cien varas delante de las demás"³⁹ – también vaya dirigida contra sí mismo. En efecto, Larra se siente un francés en España, uno de esos "cien

³⁴ Sigo de cerca la exposición que realiza Gonzalo Mayos en su edición de *El nihilismo en los escritos póstumos*, Nietzsche, Península, Barcelona, 2000.

³⁵ Gonzalo Mayos, "Prólogo" a Nietzsche, *El nihilismo en los escritos póstumos*, Península, Barcelona, 2000, pág. 8.

³⁶ Mariano José de Larra, "Las circunstancias", op. cit., pág. 132.

³⁷ *Ibid.*, pág. 145.

³⁸ Mariano José de Larra, *Antony*, op. cit., pág. 376.

³⁹ *Ibid.*, pág. 378.

jóvenes ingleses y franceses que han llegado a figurarse que son españoles porque han nacido en España.⁴⁰

Este hecho nos permite pensar que no es casual que Larra proyecte su nihilismo pasivo en esa literatura proveniente de “una sociedad caduca que ha corrido los escalones todos de la civilización humana, que en cada estación ha ido dejando una creencia, una ilusión, un engaño feliz.”⁴¹

Dicho nihilismo –el de *Antony* y el de Larra– resulta *intempestivo* en un país que no es “aún una sociedad siquiera.”⁴² Por ello el escritor que, como él, le dice a la sociedad española que al final del viaje no hay “nada”, pregunta su doctor Jerkylil ilustrado, “¿No merece su execración?”⁴³.

Lo que está haciendo Larra es criticarse a sí mismo, decirse que escribir artículos de un nihilismo pasivo tan desesperanzado como el de “Las palabras”, “La sociedad” o “Cuasi, pesadilla política”, “no es escribir para el público”⁴⁴; ni siquiera es “expresión de esa situación”⁴⁵, sino, más bien, “el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperación, al encontrar el caos y la nada al fin del viaje”⁴⁶.

Nos hallamos, pues, ante un Larra que rechaza la mayoría de sus escritos, con un Larra que lucha consigo mismo y que se identifica con una Francia que “perdida la fe antigua, necesita crearse una fe nueva.”⁴⁷

El autor lucha contra el nihilista pasivo que exclama que “si Dios ha muerto todo vale” al ver que aunque “no vale la pena seguir andando”, sin embargo “es fuerza andar, porque si la felicidad no está en ninguna parte, si al fin no hay nada, también es indudable que el mayor bienestar

que para la humanidad se da está todo lo más allá posible.”⁴⁸

En momentos como éste Larra parece ser capaz de hacer el pacto con la realidad que Jovellanos o Montesquieu fueron capaces de hacer en su función pública de escritores –no tanto en la privada como muestran sus escritos personales–. Desgraciadamente Larra no conseguirá sostener esta fe renovada, activa, creativa, que apenas consiguió generar en estos dos artículos.

No podemos, sin embargo, acusar a Larra de no haber puesto, como él diría, “siquiera los medios”⁴⁹ sino que, como hemos querido mostrar, luchó contra la cancerígena pasión del nihilismo pasivo.

Creo que también sería importante tener en cuenta la responsabilidad que Larra debía sentir al saberse una figura pública con gran capacidad de repercusión social. Quizás en estos dos artículos Larra intentaba fingir, como *San Manuel Bueno Mártir*, que seguía creyendo en algo, quizás sólo fueron un momento de euforia o un rescaldo avivado por algún suceso feliz.

Lo que es indudable es que el progresivo desencanto de Larra no fue un mero derrotismo, sino una *agonía*, en el sentido unamuniano del término, un intento por introducirle a la vida un sentido, una auténtica voluntad de *fe nueva*.

CONCLUSIÓN

Creo que el estudio desde un punto de vista filosófico de la evolución del concepto de ser humano en los artículos de Larra, puede abrir preguntas muy interesantes que quizás la crítica ha dejado desatendidas hasta el momento.

Asimismo, el análisis de la *agonía* entre los diferentes nihilismos existentes en Larra puede servir, por un lado, para una mayor profundidad en el análisis de su biografía y, por otro, para una mejor comprensión y problematización de las relaciones entre lo que hemos dado en llamar “romanticismo” e “ilustración”.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 378.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 378.

⁴² *Ibid.*, pág. 378.

⁴³ *Ibid.*, pág. 379.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 378.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 378.

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 380.

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 378.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 379.

⁴⁹ *Ibid.*, pág. 391.

Finalmente, ver en Larra a un nihilista activo lo convierte, a su vez, en origen de todo un pensamiento hispánico de corte existencialista que podría explicar, junto con Nietzsche, figuras como las de Unamuno, Machado, Ortega y Gasset o Baroja.

BIBLIOGRAFÍA.

- Alborg, J. L., *Historia de la literatura española*, ed. Gredos, 1986, Madrid
- Larra, M. J., *Artículos*, Cátedra, Madrid, 1996
- Nietzsche, F., *El nihilismo en los escritos póstumos*, traducción e introducción de G. Mayos, Península, Barcelona, 2000
- Ortega y Gasset, J., *Historia como sistema*, Austral, Madrid, 1971
- Savater, Fernando, "El pesimismo ilustrado", en *Razón, tradición y modernidad: re-visión de la ilustración hispánica*, Madrid, Tecnos, 1996.

BERNAT CASTANY PRADO
Universidad de Barcelona